

La deliciosa crueldad

El Olivo azul publica la inquietante novela de Mirbeau

Antonio Garrido

Mirbeau fue un radical, un anticlerical furibundo, un desvelador de las corrupciones de la política, de la prensa, un pesimista en definitiva, pero sincero con sus ideas, desencantado con las grandes palabras que se usan sin pudor; palabras como libertad, democracia, justicia, fe, esperanza y tantas otras que adornan los discursos vacuos y mentirosos de los que se presentan como ejemplos de honestidad y decencia.

Su visión de la realidad es absolutamente negativa y se corresponde más con un planteamiento anarquista que no se formula sino como metáfora. Eso es el *Jardín de los suplicios*, editada por El Olivo azul, una metáfora espléndida de todo lo que llevo dicho y que se focaliza en una China imaginaria.

Es interesante señalar que nos encontramos con un texto de unidad ficticia porque está compuesto por partes editadas en diferentes momentos y sin intención previa de unidad. Sin embargo, el resultado es de rigurosa coherencia estructural, aunque es cierto que esa coherencia salta por los aires y las páginas adquieren autonomía a medida que el lector se adentra la obra.

Tres partes articulan la obra. *Frontispicio* se trata de una reunión de prohombres, jueces, catedráticos, médicos. Después de una opípara cena, entre excelentes licores y magníficos puros, sin inhibiciones, con sinceridad, defienden que el asesinato es el motor de la sociedad, que las leyes culminan en la ejecución, casi siempre, de inocentes. Otro aspecto en el que concuerdan es en la impunidad de los asesinatos cometidos por los elegidos por la fortuna y el poder. El desprecio por la inmensa mayoría de las personas es absoluto. Ésta es la tesis de la novela que se presenta desde el primer momento, con lo que se ahorra subordinar la estructura a la tesis.

La primera parte de la novela propiamente dicha se titula como *En misión* y es un ataque feroz a la clase política y a la misión civilizadora de Europa en el mundo. El protagonista, que prefiere permanecer en el anonimato, un decadente sin escrúpulos, un corrupto, fracasa en su intento de ser diputado y, agobiado por las deudas, intenta chantajear a su protector, el ministro Mortain, su compañero de fechorías, que lo manda a Ceilán con buenos dineros y como director de una misión científica. En el barco conoce y se enamora de Clara, una inglesa excéntrica y sádica que lo aparta de su misión y a la que sigue hasta China, hasta el paraíso de las torturas.



El autor francés tiene una visión de la realidad totalmente negativa y anarquista

Mirbeau fue un amante apasionado de las flores, diseñó jardines y con toda intención la novela tiene este título que combina el jardín como Edén, como *locus amoenus*, como espacio perfecto, y los suplicios, las torturas atroces que se realizan en ese ámbito donde se mezclan los perfumes, muy fuertes, que marean, de plantas exuberantes y turgentes con el hedor de la carne en putrefacción, con la fetidez de las úlceras y de la gangrena.

Belleza y muerte, amor y muerte, las visiones del espanto producen los espasmos del orgasmo en Clara que van mucho más allá de lo meramente físico, que la convierten en una verdadera posesora en manos de los dioses oscuros de la lujuria y de la crueldad.

El autor consigue de manera admirable mezclar lo sublime y lo ominoso. No en vano, la novela fue fuente de otras obras, caso de las *Sonatas de Valle*, en concreto de la de *Otoño*.

Las terribles torturas, como la de la rata, como la de la campana, como la de cubrir las heridas de pimienta y sal se subliman en un hedonismo que descubre la cara atroz, el lado oscuro de la naturaleza humana.

'El jardín de los suplicios'. Autor: Octave Mirbeau. Edita: El Olivo azul. Córdoba, 2010.

CAPÍTULOS SUELTOS

El legado de Salinger

Francisco Antonio Carrasco



J.D. Salinger fue un tipo extraño. Autor de culto, un clásico de la literatura moderna desde la aparición en 1951 de *El guardián entre el centeno*, se recluyó en su casa de Cornish (New Hampshire) para aislarse del mundo externo atraído por el budismo zen. Nada anormal, sin embargo. Escribir un libro no te obliga a que abras las puertas de tu vida de par en par ni la conviertas en un *reality show*.

Lo extraño, en realidad, es que no le gustara publicar, porque el escritor -como cualquier otro creador- necesita transmitir sus ideas y su obra a las demás, compartirla con ellos, sencillamente para que la sociedad avance o se divierta. La cultura es expansiva, y no hablo solo de un sentimiento vanidoso -aunque la vanidad haya dado pie a la creación de grandes obras maestras de la literatura-, sino al deseo natural de comunicarse con los demás.

Salinger siguió escribiendo durante su reclusión. Y disfrutaba con ello. "Me gusta escribir. Amo escribir. Pero escribo solo para mí mismo y mi propio placer", decía en 1974, en una de sus escasas entrevistas a la prensa, en *The New York Times*. "Publicar es una terrible invasión de mi vida privada", argumentaba. En fin, son sus ideas. Respetables, como digo, aunque extrañas. Los genios son así, qué vamos a hacer.

Agradecemos los momentos de placer que nos hayan producido los libros que permitió publicar y sigámosle de aquí en adelante los pasos a su albaceta, a ver si le ocurre por fortuna lo mismo que a Kafka con Max Brod.